

CONVIRTÁMONOS Y CREAMOS (MC 1,15). LA PALABRA, CAMINO DE INTERIORIDAD

Luciano AUDISIO, OAR

*Nos hiciste para ti, Señor, y nuestro corazón
está inquieto hasta que descanse en ti (conf. 1,1,1)*

1. A modo de adentrarnos....

Esta afirmación de nuestro padre Agustín, repetida de generación en generación, puede resumir el fundamento puesto para la interioridad cristiana desde la época de los grandes Padres hasta nuestros días. En tal visión, la interioridad expresa el deseo del *bonum* supremo que habita en el hombre, y es entendida como un movimiento del corazón hacia lo infinito, lo eterno, lo absoluto.

En la misma línea a comienzos del siglo pasado, Miguel de Unamuno respondía con estas palabras a un joven que le había escrito pidiéndole consejo:

Me dices en tu carta que si hasta ahora tu divisa ha sido: ¡Adelante!, a partir de ahora será: ¡Arriba! Deja eso de delante y atrás, de arriba y abajo; deja de jugar a progresismos y carquismos; déjalo a los progresistas y a los retrógrados, a los ascendentes y descendentes, que se mueven tan solo en el espacio exterior, y busca el otro, tu ámbito interior, el de tu alma. Lucha por meter en ella el universo entero, que es la mejor manera de derramarte en él [...] En vez de decir: ¡Adelante! o ¡Arriba!, di: ¡Adentro! Reconcéntrate para irradiar. Déjate llenar para que reboses luego, conservando el manantial. Recógete en ti mismo para mejor darte a los demás, todo entero e indiviso. «Doy cuanto tengo», dice el generoso. «Doy cuanto soy», dice el héroe. «Me doy a mí mismo», dice el santo; di tú con él al darte: «Doy conmigo el universo entero». Para ello tienes que hacerte universo, buscando dentro de ti. ¡Adentro!

También es necesario recordar lo que nuestras *Constituciones* nos presentan en el número 12, del que se desprende, desde nuestro punto de vista, un camino de interioridad:

Recolección es un proceso activo por el cual el hombre disgregado y desparramado por la herida del pecado, movido por la gracia, entra dentro de sí mismo, donde ya lo está esperando Dios e, iluminado por Cristo, maestro interior, sin el cual el Espíritu Santo no instruye ni ilumina a nadie, se trasciende a sí mismo, se renueva según la imagen del hombre nuevo que es Cristo y se pacifica con la contemplación de la Verdad.

Interioridad es, sin duda, volver a nosotros mismos, y con eso estamos diciendo implícitamente volver a Dios. Es volver a disfrutar el sentirnos criaturas. Es ser creación, es volver a respirar el aliento vital del Dios creador que imprime su imagen trinitaria (cf. Gn 1,26; 2,7). En el aceptar esto se juega nuestra vida espiritual, nuestra vida interior, en realidad se juega la vida o la muerte.

Aceptar el aliento de Dios (ûah °elohîm) es rechazar las apariencias y el engaño de las cosas que hacen la existencia demasiado mundana en pos de una vida creativa, inteligente, de una vida en libertad, que es el fin para el que fuimos creados. No somos esclavos ni hijos de esclavos. Somos hijos libres de un Padre que nos hace libres y de un hermano, Jesús, que pagó nuestra condena a precio de su sangre para que ya no vivamos como prisioneros (cf. 1Cor 7,23).

Es por esto que interioridad será encontrarnos con lo más genuino y original de cada uno, y en esa originalidad estaremos volviendo al origen mismo de cada uno, que es Dios. Será reconocer de dónde venimos y a dónde estamos destinados a ir.

«Enséñanos a contar nuestros días y adquiriremos un corazón sabio» (Sal 90,12). Es esta la oración que el salterio atribuye a Moisés, «hombre de Dios» (cf. Sal 90,1), fruto de su peculiar y extraordinaria experiencia religiosa y, al mismo tiempo, expresión del común deseo de todo hombre de adquirir una sabiduría divina, como un auténtico camino de vida. El hombre, de hecho, con sus búsquedas interiores, puede reflexionar sobre su condición de ser histórico. Pero solo Dios puede enseñarle a dar el justo peso a sus días, portando así, desde esta iluminación, la semilla de una conducta inteligente, buena y fecunda¹.

El hombre es camino hacia Dios. Eso lo han dicho todas las filosofías y religiones. El cristianismo añade: Dios es camino hacia el hombre. Dios se ha abierto camino en la historia que el hombre ha forjado para llegar hasta donde él está². Estas páginas tienen el objetivo de dar algunas luces para el camino.

2. Conversión e interioridad. vida profética

En la Antiguo Testamento, la vida en el Espíritu está íntimamente asociada a las profecías. Los profetas eran personas movidas y motivadas por el Espíritu más

¹ Cf. P. BOVATI, *I giorni di Dio*, Milán 2013, 7.

² Cf. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *La entraña del cristianismo*, Salamanca, Secretariado Trinitario, 2001, 323.

que cualquiera otras. En la Biblia, ser movido por el Espíritu y ser un profeta es prácticamente la misma cosa. Tanto que cuando queremos identificar al Espíritu en el que creemos, decimos: «Creemos en el Espíritu Santo, que habló por los profetas» (Credo niceno-constantinopolitano).

Antes de Cristo, ese Espíritu solo era dado a unas pocas personas, pero en Pentecostés el Espíritu de Dios fue derramado sobre muchos y se tornó accesible a todos. El resultado inmediato es que todos ahora pueden ser como los profetas, pueden compartir el Espíritu de los profetas de una u otra forma. Como Pedro nos dice en los Hechos 2, 15-21, la profecía de Joel 3,1-5 ahora se realiza:

Sucedirá en los últimos días, dice Dios: «Derramaré mi Espíritu sobre todos los hombres. Sus hijos y sus hijas profetizarán y los jóvenes tendrán visiones y los ancianos tendrán sueños».

«Tendrán visiones» y «tendrán sueños», son maneras metafóricas de referirse a la actividad de los profetas.

Lo característico de estos hombres fue manifestar la voluntad de Dios cuando el pueblo estaba poniendo sus intereses en cosas que no eran Dios, en los ídolos. Es por eso que, cuando se nos pide vivir una vida religiosa profética, primero que todo debemos entenderla como una vida alejada de los ídolos y llena de Dios. Para que esto sea así es necesaria una vida de continua conversión, de continua vuelta a las fuentes o, mejor dicho, a la Fuente.

El concepto de conversión en la Biblia es particularmente difícil de comprender, por las numerosas connotaciones asociadas al término. Son como elemento de convergencia de diversos grupos religiosos de la época. La dificultad fue acrecentada por el hecho de que las realidades acopiadas al concepto en los escritos bíblicos no pueden ser reunidas en una sola idea. El verbo *shub* (šûb) significa eminentemente *volver*, *retornar*. Está conectado a la raíz que significa también responder y que hace de la conversión un siempre renovado retorno al Señor. Siempre está en el fondo la idea de cambiar de sentido. Lo que la palabra quiere decirnos es una *necesidad radical*, ya que para Jesús la palabra *μετάνοια* define el mismo ser cristiano (cf. Mc 1,15)³.

Es necesario entender la conversión para llegar a lo más específico de la interioridad, que es el encuentro íntimo y transformador del corazón del hombre por parte de Dios. Es preciso reconciliarnos, con nosotros mismos, y con Dios. Para volver es necesario un punto de partida. La experiencia del pueblo de Israel y su derrotero a lo largo de la historia es, sin dudas, una ida y vuelta al Señor. El *shub* hebreo es el retorno a las fuentes de su propia vida y de su vida interior. Es

3 Cf. E. BIANCHI, *Lessico della vita interiore*, Milán, Rizzoli 2004, 29.

volver a las aguas que dan vida: «Porque mi pueblo ha cometido dos maldades: me abandonaron a mí, la fuente de agua viva, para cavarse cisternas, cisternas agrietadas, que no retienen el agua» (Jer 2,13).

El alejamiento es el primero de los actos que permite la vuelta, la reconciliación, la interioridad. Hay que llegar a entender primero nuestra dispersión para llegar a nuestro interior. El cambio y la confesión, el reconocimiento de las propias culpas y la vuelta al Dios abandonado no son cosa de poca monta, sino que se trata de un cambio en lo más profundo del ser. Este es un retorno fácil de comprender superficialmente, pero difícil de realizar:

Por eso, casa de Israel, yo los juzgaré a cada uno de ustedes según su conducta –oráculo del Señor–. Conviértanse (šûbû) y apártense (wehāšîbû) de todas sus rebeldías, de manera que nada los haga caer en el pecado. Arrojen lejos de ustedes todas las rebeldías que han cometido contra mí y háganse un corazón nuevo leb hādāš) y un espíritu nuevo (rûah hadāšāh). ¿Por qué quieres morir, casa de Israel? Yo no deseo la muerte de nadie –oráculo del Señor–. Conviértanse (hāšîbû), entonces, y vivirán (Ez 18, 30-32).

El mensaje de todos los profetas tiene la misma estructura. Hay una llamada a la «metanoía» μετάνοια šûb (arrepentimiento, conversión, transformación), como una advertencia sobre el juicio que vendrá si el pueblo no cambia, y una promesa de salvación si el pueblo realmente cambia. El juicio futuro o la salvación futura no son absolutos inevitables. Están limitados por cláusulas condicionales: «si ustedes no cambian». En otras palabras, lo que los profetas prevén son las consecuencias de aquello que está o no está siendo hecho ahora. Ellos prevén el futuro en el presente, en las tendencias actuales, en los signos de los tiempos.

Los profetas desviarán la atención del pueblo, del pasado hacia el futuro. Ellos, en vez de intentar entender el presente en términos de acontecimientos pasados (éxodo, Sinaí, David, etc.), piden al pueblo que entienda el presente en términos de una futura acción de Dios. Los profetas estaban orientados hacia el futuro, avizoraban el futuro, eran «progresistas». Ellos querían que el pueblo cambiase, planease, actuase teniendo como referencia al futuro. Ya ese acontecimiento futuro o ἔσχατον sería un acontecimiento cualitativamente nuevo, ellos pedían al pueblo que hiciese cosas nuevas, que realizase transformaciones inauditas.

Es muy interesante que notemos la frecuencia con que los profetas usan la palabra «nuevo» hādāš: un nuevo pacto, una nueva era, un nuevo corazón, un nuevo espíritu, un nuevo cielo y una nueva tierra, una nueva Jerusalén, o simplemente que Dios haría una cosa nueva. Ellos incentivaban al pueblo a romper con su pasado y a mirar hacia la novedad del futuro de Dios.

El profeta era una persona práctica, y es por eso que su interioridad, su vida espiritual era una vida de confrontación, de cambio. Romper con una mera

exterioridad. El anuncio de una vida nueva no les nacía de un mero compromiso social, de un vacío que los impulsaba a darse por los demás a cambio de un bienestar espiritual.

Una vida en el Espíritu es una vida de denuncia de aquello que está errado en nuestro mundo, nuestra sociedad, nuestra Iglesia y nuestra comunidad, de hablar abiertamente sobre el futuro hacia el cual caminamos o deberíamos estar caminando, de decir lo que Dios debe sentir con relación a los acontecimientos de nuestro tiempo. Esta es, por lo menos, la dirección hacia la cual debemos caminar, si queremos ser fieles al Espíritu de los profetas, que es el Espíritu de Dios.

3. Un camino interior

Siempre se nos dijo que la vida consagrada era una manera de seguir a Cristo «más de cerca», término este que personalmente no creo preciso porque lejanía y cercanía son mediadas que, si no se tiene un punto fijo, no se sabrá nunca cuándo se da. Pero por eso no vamos a desvalorizar lo que se nos ha transmitido. La llamada a estar cerca solo se entiende viviendo la misma vida de Cristo, que a su vez es la llamada común a todos los bautizados. Por esta razón es necesario indagar el Nuevo Testamento y ver cuál es el camino de interioridad que nos propone Jesús, camino de perdón y reconciliación, de búsqueda y encuentro.

Jesús perteneció a un pueblo que tenía grabada a fuego una profunda vida espiritual. Un pueblo que oraba y sabía orar. La práctica de la oración de Israel, de su interioridad, fue la norma que configuró su misma fe.

Es de suma importancia la profunda vida espiritual llevada por el Señor. En su ministerio público se *retiraba* con frecuencia, sobre todo durante la noche o al alba, a lugares *desiertos, aparte, él solo, en el monte* (cf. Mt 14,23; Mc 1,35; 6,46; Lc 5,16; 9,18.28); y en particular, *se fue él solo, al monte de los Olivos* (cf. Lc 22,39).

Lucas es el evangelista que más insiste en la vida interior, en la vida de profunda oración y encuentro con el Padre, que llevaba Jesús, vinculándola a los momentos destacados de su vida y de su misión. Podemos destacar algunos momentos fuertes de su vida espiritual: el bautismo por parte de Juan (cf. Lc 3,21-22); la elección de los doce (cf. Lc 6,12-13); la transfiguración –un hecho profundamente ligado a la oración (cf. Lc 9,28-29)–; la oración es el espacio predispuesto para la confesión de Pedro (cf. Lc 9,18); de su encuentro con el

Padre nace la enseñanza sobre la oración dirigida a los discípulos (cf. Lc 11,1-4); antes de la pasión declara que ha orado por Pedro, para que no desfallezca (cf. Lc 22,32); por último, Jesús en la cruz ora invocando el perdón a los verdugos (cf. Lc 23,34), y después entregando con confianza su aliento en las manos paternas (cf. Lc 23,46; Sal 31,6)⁴.

El Nuevo Testamento nos invita a tomar esta enseñanza de Jesús a aquellos primeros discípulos para que nosotros, los discípulos de esta hora de la historia, sepamos hacer camino o encaminarnos.

Es importante entienda que este proceso de interioridad, como todo en la vida del hombre, es un camino, que se transita solo dando un paso cada vez. Inútil será alcanzar la meta en un solo movimiento por dos claros motivos: el primero es la imposibilidad de hacer cualquier recorrido de un salto; y el segundo, y más importante, es el aprendizaje que hay que hacer en cada centímetro de la senda que ha de recorrerse.

Es por eso que se propondrá una serie de pasos que nos ayudará a hacer de esta nuestra vida una continua peregrinación y que marcará la huella para retomar la vía siempre, que por motivos diversos, muchas veces inherentes a la misma peregrinación, nos encontremos perdidos.

a) *Primer paso*

Si tienen algo contra alguien, *perdónenlo*, y el Padre que está en el cielo les perdonará también sus faltas (Mc 11,25).

Este pasaje Marcos lo ubica como colofón de la perícopa en la que los discípulos se sorprenden de ver que la higuera se había secado y en la fuerza de la fe, que es capaz de mover las montañas. La fe era tema importante para el evangelista. Este utiliza la pequeña colección de dichos como contraste a la perícopa de la higuera y del templo, ambos relacionados con el juicio que se cierne sobre Israel. En el juicio de Dios solo puede mantenerse en pie la fe que se abandona por completo en Dios. La comunidad tiene, una y otra vez, que actualizar la fe en la oración común llena de confianza.

Pero es necesario que la comunidad no piense únicamente en Dios, sino también en Jesús, que abrió para ella esta nueva relación filial con el Padre, y en los hermanos, contra los que uno u otro tienen algo con razón o sin ella. Dios

4 Cf. E. BIANCHI, *Por qué orar, cómo orar*, Santander, Sal Terrae, 2010, 54.

exige que se perdone. Lo exige perdonando Él. La disposición a la reconciliación es una ley fundamental para la comunidad cristiana⁵.

El v. 25 tiene su forma más clara en Mt 6, 14⁶. Este último *logion* subraya que el orante depende del perdón de Dios (cf. Sir 28,2). Condición previa para que Dios perdone es la disposición a reconciliarse con los semejantes. Con ello dos cosas aparecen con claridad: por un lado, que no se puede abusar de la oración en la ira; y, por otro, la relación con Dios incluye siempre la relación con los hombres. La vida de oración es completamente estéril cuando está distorsionada la relación con el prójimo o con el hermano. Esta regla tiene importancia capital en las reuniones de la comunidad.

Merece tener en cuenta que solo en este lugar Marcos habla del *Padre vuestro que está en el cielo*. En la oración el discípulo tiene que experimentar a Dios como Padre. Puesto que el evangelista favorece el predicado de Hijo, puede considerarse la manifestación de la idea de padre como inclusión en la relación filial de Jesús⁷.

Ser custodios de los hermanos en la fe y de todos los hombres es la condición esencial para acceder a la comunión trinitaria. La reconciliación con el hermano y el amor que se extiende hasta el enemigo, incluyendo la voluntad de hacer el bien a quien nos hace el mal (cf. Lc 6,27): esta es la actitud que debe acompañar el comienzo de todo diálogo con el Señor. Olvidar este dato empobrece nuestra vida interior y nuestra búsqueda hasta el punto de banalizarla. ¿Cómo se pretende dialogar con Dios, que nos ha amado cuando éramos enemigos, y hablar con Él, a quien no vemos, si no sabemos perdonar o no queremos comunicarnos con el hermano, a quien vemos (cf. 1Jn 4,20)?

b) Segundo paso

Retírate a tu habitación, cierra la puerta y ora a tu padre que está en lo secreto (Mt 6,6).

Estamos llamados a vivir nuestra fe en comunidad, y la vamos expresando en la liturgia, en la oración con toda la Iglesia, orando junto con todos

⁵ Cf. J. GNILKA, *El evangelio según san Marcos. II. Mc 8,27-16,20*, Salamanca, Sígueme, 2001, 160.

⁶ El v. 26, que determinados manuscritos (Koiné) ofrecen parcialmente con variantes (D lat), debe ser suprimido del texto. Dice: «Si vosotros no perdonáis, vuestro Padre en los cielos no perdonará vuestras trasgresiones». La entrada del versículo se explica por la influencia del paralelo Mt 6,14 ss.

⁷ Cf. J. GNILKA, *El evangelio...* 159.

nuestros hermanos, haciendo de este encuentro común la mejor escuela para el descubrimiento personal de Dios.

Pero esto no es suficiente. Se necesita una interiorización, la gratuidad de quien trata de tú a tú a Dios cuando los demás no están físicamente junto a nosotros. Buscar a Dios en la soledad, aparte, no es una forma de individualismo, sino la posibilidad de encontrar a Dios como hijos en el secreto del corazón, aceptando sobre nosotros mismos aquella mirada penetrante del Dios que conoce, mira y habla a cada uno de un modo irrepetible y único⁸.

La invitación de Jesús a entrar en nuestra habitación y cerrar las puertas no es solo un antídoto a la hipocresía de quien quiere ser visto y admirado por los demás (cf. Mt 6,5) sino que indica un modo de diálogo amoroso e íntimo con Dios, «cara a cara» con el Invisible. Es la ocasión de dirigirse a Dios con libertad, de acoger en el transcurso del tiempo su presencia, de percibir cómo se aproxima, cómo está a la puerta y llama (cf. Ap 3,20).

Nutrirnos de las cosas comunes hace que se corra el riesgo de hacer esto una experiencia de pertenencia solo a un grupo, una especie de exhibición ante los demás. Este encuentro personal, hoy el más descuidado, puede desembocar, a largo plazo, en vaciar también la verdad del encuentro comunitario⁹. Si bien en la pastoral se dedican muchos esfuerzos a la iniciación al encuentro con Dios por medio de la liturgia, lamentablemente no van bien acompañados de una adecuada transmisión del encuentro personal, que debería ser enseñado desde la infancia. Son acertadas las palabras de Martín Buber: «Si creer en Dios significa hablar *de* Él en tercera persona, entonces no creo en Dios. Si creer en él significa hablarle *a* Él, entonces creo en Dios»¹⁰.

8 «The section on prayer, vv. 5-15, rejects praying in public places with the intent to be seen by others and then goes on to spurn long-winded or repetitious prayer (cf. Eccles 5:2; Matthew's "do not heap up empty phrases as the Gentiles do" is consistent with his audience being largely Jewish Christians). There follows the Lord's prayer, a model of brevity. Although Christian tradition has usually understood the prayer as having to do with everyday needs, much is to be said for interpreting it as an eschatological prayer»: J. MUDDIMAN – J. DARTON, *The Gospels: The Oxford Bible Commentary*, Oxford 2001, 42.

9 Cf. E. BIANCHI, *Por qué orar...* 58.

10 Citado por P. VERMES, *Buber on God and the Perfect Man*, Londres, Littman Library Of Jewish Civilization, 1988, 137.

c) *Tercer paso*

Haré todo lo que pidan en mi nombre para que el Padre sea glorificado (Jn 14,13).

Este pasaje está situado en el llamado último discurso de Jesús. La introducción a este, Jn 13,31-38, anunciaba el tema de la partida de Jesús. La parte final del discurso está dedicada a dar respuesta a los problemas que plantea su marcha.

Jn 14 comienza con la nota de seguridad que se da a los discípulos de que no se quedarán separados de Jesús, porque él volverá a llevarlos consigo (v. 3). El Padre y el mismo Jesús responderán a sus demandas (vv. 12-13). Vendrá el paráclito como una forma de la presencia continuada de Jesús (v. 16-17.26). El mismo Jesús estará junto a ellos (v. 18) y también lo estará el Padre (v. 23)¹¹.

A causa de su marcha, los discípulos van a ejercer una actividad que Jesús no vacila en identificar con la suya propia. Leyendo el texto con atención, se percibe efectivamente que el creyente no hará ya las obras que *hizo* Jesús, sino las que Jesús *está haciendo* (τὰ ἔργα ἃ ἐγὼ ποιῶ: las obras que estoy *haciendo*)¹².

Recogiendo en los vv. 13-14 la tradición sinóptica de la oración siempre escuchada¹³, Jesús prolonga el anuncio anterior. La petición de los discípulos se dirige al Padre, se refiere a un todo que no es ni mucho menos indiferente, se refiere a la obra divina en el mundo de la cual los creyentes ya son actores.

Es fundamental asumir este paso para nuestra vida interior. Consiste en armonizar nuestra vida con la de Jesús. Unirlas. Buscar al Padre en nombre de Jesús, aunque desconcierte, es ya haberlo encontrado, habiendo puesto por encima de todas las cosas la voluntad de Dios que se realiza en nosotros y en todas las criaturas del cielo y de la tierra. Esta primacía de Dios fue la sed de Jesús a lo largo de toda su vida, fue su alimento cotidiano.

Hemos de creer que somos escuchados y atendidos en nuestra búsqueda, porque todo es posible para quien tiene fe (cf. Mc 9,23; 11,24, 1Jn 5,14-15). En cambio, quien al adentrarse en su corazón se muestra zarandeado entre confianza y escepticismo no reconoce que Dios, a través de Jesucristo, posee el poder de realizar infinitamente más de lo que el hombre pueda pedir o pensar (cf. Ef 3,20).

11 Cf. R. E. BROWN, *El evangelio según san Juan*, Madrid, Cristiandad, 2000, 945.

12 Cf. X. LÉON-DUFOUR, *Lectura del evangelio de Juan (Jn 13-17)*, III, Salamanca, Sígueme, 1995, 91.

13 Cf. Mc 11,22-24//Mt 21,21ss; Mt 17,20//Lc 17,6; Mt 18,19.

d) *Cuarto paso*

El publicano, manteniéndose a distancia, no se animaba ni siquiera a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: ¡Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador! (Lc 18,13).

La postura humilde del publicano es la clave de este paso para un camino de interioridad renovado. En su oración, que es de acción de gracias, el fariseo pasa revista a sus virtudes, que desgrana con un aire de complacencia, primero negativamente y a continuación en forma positiva. Él no es como los demás hombres: no es un ladrón, no es un injusto, no es un adúltero, no es, ni siquiera, «como ese recaudador» (v. 11). Él guarda sus ayunos y paga sus diezmos, incluso por encima de lo prescrito (v. 12).

El recaudador, por el contrario, no se atreve ni a acercarse ni a levantar los ojos al cielo. No da gracias, sino que pide misericordia, golpeándose el pecho y musitando un «yo pecador» (v. 13). Y ahí precisamente, en la confesión de su pecado, es donde encuentra el recaudador el restablecimiento de su justicia, la condición de «justo», que es exactamente lo que pretendía el fariseo con su rechazo del latrocinio, del adulterio, de la iniquidad, y con su observancia de los ayunos y los diezmos. La conducta del fariseo y su actitud legalista resultan esencialmente desenfocadas, aunque por su condición social nunca ha estado comprometido en una profesión tan abyecta como la recaudación de impuestos.

La parábola da testimonio del pensamiento de Jesús sobre esa búsqueda afanosa de la propia justicia. La auténtica rectitud moral, en su dimensión religiosa, no se obtiene por una autocomplacencia en los propios logros o por una vana confianza en las propias posibilidades. Ni el rechazo de lo prohibido ni la observancia de lo mandado —sean las leyes de Moisés o las ridículas prescripciones de los fariseos— dan derecho a una «justificación» que solo puede provenir de la misericordia de Dios¹⁴.

En el evangelio según san Lucas, el modelo de disposición interior es el del publicano, el pecador justificado, que se presenta ante Dios con aquella humillación que es la única actitud que puede introducir en la humildad. Pedro es el primer discípulo perdonado, ya desde el momento de su vocación, cuando, reconociendo a Jesús como Señor, grita: «¡Apártate de mí, Señor, que soy un pecador!» (Lc 5,8).

La relación entre Dios y el hombre en la vida interior debe ser situada en la íntima verdad de los protagonistas de tal encuentro: el Creador y la criatura, el

¹⁴ Cf. J. FITZMYER, *El evangelio según san Lucas (8,22-18,14)*, III, Madrid, Cristiandad, 1986, 856-867.

Padre pródigo de amor y el hijo perdido y hallado, el Médico y el enfermos, el Santo y el pecador.

e) *Quinto paso*

También les aseguro que si dos de ustedes se unen en la tierra para pedir algo a mi Padre que está en el cielo se lo concederá. Porque, donde hay dos o tres reunidos en mi Nombre, yo estoy presente en medio de ellos (Mt 18, 19-20).

Estamos en la sección en la que Mateo relaciona la corrección fraterna con la vida de oración comunitaria (18, 15-20). Aunque en el v. 19 parece iniciar un nuevo tema, sintácticamente enlaza a través de la oración condicional introductoria (ἐάν) con los vv. 15-17, mediante la oposición «en la tierra - en el cielo» (ἐπι τῆς γῆς - ἐν οὐρανοῖς), con el v.18.

Lo que subraya el texto no es tanto la mayor eficacia de la oración en común, frente a la oración individual, sino la importancia de que los orantes coincidan en la intención de su oración. Dos personas son el número mínimo para que haya o no acuerdo. La escucha de la oración depende, pues, del hermanamiento de los diversos miembros de la comunidad. Las oraciones puramente egocéntricas no son escuchadas¹⁵.

El acento específico de la exhortación de Jesús recae en el συμφωνητω (unirse para ayudar) del v. 19, sobre la necesidad de armonizar las voces, lograr la armonía de los corazones, esto es, recorrer un camino hacia una comunión profunda de sentimientos, con el fin de presentarse juntos ante Dios. Es significativo lo que se afirma de la primera comunidad cristiana, nacida en Pentecostés: vivía de la unión fraterna, de la práctica común de la oración (cf. Hch 2,42), tendiendo a ser «una sola alma y un solo corazón» (Hch 4,32).

La espiritualidad cristiana, por consiguiente, no trata solo de unir las voces en peticiones y acciones de gracias, sino de hacerlo uniendo los corazones. Ponerse de acuerdo es un arte difícil, pero no se puede hacer un camino espiritual sin este camino laborioso de reconocimiento del otro, de su alteridad, de su diferencia, de sus dones y de su servicio en la Iglesia.

Sin cancelar las diferencias y sin acaparar con voracidad la vida interior de cada uno, se trata de acoger su petición en la única búsqueda del Reino que viene. Así se confiere unanimidad: no a través del consenso, sino a través de la conversión de los propios pensamientos en los de Cristo Jesús.

15 Cf. U. Luz, *El evangelio según san Mateo (18-25)*, Salamanca, Sígueme 2003.

f) *Sexto paso*

Siempre y sin cansarse (cf. Lc 18, 1-8; 21,34-36)

La vida interior requiere perseverancia, continuidad. Muchas veces Jesús, y a ejemplo suyo Pablo (cf. Rm 12,12; Ef 6,18; 1Tes 5,17), pidió el orar, el buscar a Dios sin interrupción. ¿Cómo es posible vivir, trabajar, descansar, dormir, encontrarse con los demás y, al mismo tiempo, llevar una vida espiritual profunda?

San Agustín dirá que uno de los secretos será no descentrar la vida de nuestro eje, que es Dios. Por lo tanto, no significará repetir continuamente fórmulas o invocaciones, sino vivir una existencia caracterizada por aquello que los Padres llamaban *memoria Dei*, el recuerdo constante de Dios.

Si existe esta conciencia de la presencia de Dios, entonces el Espíritu Santo, que ora continuamente en nosotros, puede invadirnos de tal modo con oración, que excave poco a poco en nosotros una fuente de agua viva (cf. Jn 7,38), un torrente que no se detiene.

Concluyendo...

Más que hacer una conclusión retomando lo dicho en estas páginas, trataré de poner también un fin, no un final, a este camino: *los frutos de una vida de conversión*. Un texto que nos puede ayudar a hacer síntesis podría ser el de Mt 3, 7-12:

Al ver que muchos fariseos y saduceos se acercaban a recibir su bautismo, Juan les dijo: «Raza de víboras, ¿quién les enseñó a escapar de la ira de Dios que se acerca? Produzcan el fruto de una sincera conversión, y no se contenten con decir: “Tenemos por padre a Abraham”. Porque yo les digo que de estas piedras Dios puede hacer surgir hijos de Abraham. El hacha ya está puesta a la raíz de los árboles: el árbol que no produce buen fruto será cortado y arrojado al fuego. Yo los bautizo con agua para que se conviertan; pero aquel que viene detrás de mí es más poderoso que yo, y yo ni siquiera soy digno de quitarle las sandalias. Él los bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego. Tiene en su mano la horquilla y limpiará su era: recogerá su trigo en el granero y quemará la paja en un fuego inextinguible».

Entre la gente que viene a hacerse bautizar, Juan Bautista ve a «muchos fariseos y saduceos» (v. 7). Al contrario de estar contento, él les llama la atención y los amenaza. Mateo nos acerca por primera vez a estos personajes, que poco a poco serán descritos con más puntilliosidad hasta adquirir el rol de adversarios de Jesús, caracterizados por el hecho de no creer en Juan ni en Jesús (cf. Mt 21,32; 21,25 y Lc 7,29-30).

La reacción del Bautista solo se entiende teniendo en cuenta su cualidad de profeta, que le permite ver aquello que está en el corazón de los hombres. Él percibe entonces la insoportable disonancia entre el rito que los fariseos creen cumplir como expresión de la fe, y la disposición del ánimo a una radical incredulidad. Esto recuerda la reacción de los profetas frente al imponente despliegue de los santuarios de Israel, criticándolos como una mentira insoportable (cf. Is 1,11-15; Jer 6,20; Os 6,6; Am 5,17-21).

Juan Bautista define a esas personas como «raza de víboras», un calificativo verdaderamente infamante, utilizado también por Jesús (cf. Mt 12,34; 23,33), junto con el epíteto «hipócritas» (cf. Mt 15,17; 22,18; 23,13.14.15), en referencia a las mismas personas. A los ojos del profeta, en vez de tener un aspecto humano, los fariseos tienen características de las bestias venenosas (cf. Dt 32,33; Is 59,5; Sal 140,4), pertenecen a la raza enemiga del género humano (cf. Gn 3,15; Ap 12,9). Esta expresión despectiva pudo estar inspirada en el Sal 58,5-6, donde los jueces inicuos –incapaces de discernir y autores de un juicio que asesina a los inocentes– son parangonados a las «serpientes venenosas» que no se dejan encantar por el flautista.

Juan Bautista diría entonces a los fariseos que son sordos a la llamada de una auténtica justicia. En vez de convertirse, buscan huir de la cólera divina con estrategias engañosas. Lo mismo que el Sal 58, 4, dice también que estos jueces hipócritas están «perdidos desde el seno materno». Esto explicaría por qué Juan Bautista polemiza con ellos, que se enorgullecen de la condición de «hijos de Abrahán» (Mt 3,9). De hecho, quien se consideraba parte de la raza elegida, por ser legítimo descendiente de los patriarcas (cf. Jn 8,33.39) y, por tanto, hijo de Adán y de Set, creado «a semejanza de Dios» (cf. Gn 5,1), se sentía automáticamente justo, destinado a la salvación, lejos de la cólera reservada a los malvados, hijos de Satanás, condenados a quemarse como paja en el fuego (cf. Is 5,24; Mal 3,19; Mt 3,12).

El Bautista no rechaza a los fariseos, no se dice, al menos que los expulse. Los invita a asumir el rito del bautismo con una conciencia diversa, en espíritu de verdad y humildad. Por esto impulsa a los «hipócritas» a hacer un triple progreso en la vida espiritual.

El primero, fundamental, es el reconocer que todo es gracia. El ser hijo de Abrahán (v. 9) es un don, conferido sin algún mérito, tanto que Dios puede hacer la misma cosa con las piedras; es decir, con quien no tiene ninguna disposición espiritual.

El segundo paso consiste en hacer «un fruto digno de conversión» (v. 8). Mediante esta expresión Juan Bautista pide a los fariseos cumplir obras de arrepentimiento, gestos que expresan verdaderamente la conversión del corazón. ¿Cuáles? Mateo no lo dice en este pasaje, pero, recordando un texto del sermón

de la montaña, podemos pensar que se trata de los «frutos buenos», aquellos que vienen de un árbol bueno (cf. Mt 7,17-20). Estos frutos son los frutos espirituales, los frutos del Espíritu, es decir: «amor, alegría, paz, paciencia, benevolencia, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí» (Gál 5,26; cf. también Ef 5,9-11; 2Pe 1,5-7).

Vivir no según la carne (según el impulso de la envidia, de la discordia, de la violencia), sino según el Espíritu, es vivir como Dios; equivale a ser realmente hijos de Dios. El hombre puede desearlo, pero ¿cómo recibir el Espíritu de Dios? He aquí el tercer paso que nos indica el Bautista, aquel que marca el paso del rito del bautismo de agua al bautismo «en Espíritu Santo y fuego» (v. 11). Aquello que el hombre puede desear, pero no cumplir, es un don, por la fe en aquel que es el Cristo, lleno de poder, porque es sumamente capaz de amar. Aquello que en el «desierto» puede solo esperar con esperanza confiada, «ad-viene» cuando el Señor Jesús «viene» a la humana miseria para hacerla lugar de su morada de santidad, para que el Espíritu «venga» a renovar al mundo.

Como comunidad de hijos de Dios tenemos que abrir las puertas para que entre el aire nuevo del perdón, de la conversión. Solo desde ahí podremos dar frutos y, por medio de estos, nuestro Padre será glorificado (cf. Mt 5,16).

Fr. Luciano AUDISIO
Colegio Santo Tomás de Villanueva
Granada

Resumen

En el hombre interior habita la verdad. El camino agustiniano lo es hacia lo profundo de la persona, itinerario que Agustín recorrió guiado por la brújula de la Escritura. En este artículo, el autor une conversión e vida interior, ejemplificada en el mensaje profético, y propone un proceso de búsqueda interior basado en el constante retorno a las fuentes del evangelio. Sus páginas centrales delinean un itinerario para llegar a lo profundo de la persona y de la vida comunitaria.

Abstract

Truth dwells in the interior man. The Augustinian way moves toward the interior of the person. It is the itinerary Augustine went through and he had the Scriptures as his compass. In this article, the author unites conversion and interior life, as exemplified in the prophecy. He proposes a process of inner search based on the constant return to the sources of the Gospel. Its main pages will outline an itinerary to reach the depths of the person and of community life.